

-“Todas nos vamos a ahogar menos tú”.

De repente se desarrolló un fenómeno muy frecuente en aquellas bajas latitudes: una tromba marina en medio de un día sereno y cielo despejado. Aquel horrible meteoro produjo de improviso una resaca tal, que las seis jóvenes fueron arrastradas por ella adentro.

Un valiente pescador que presenció el suceso, se arrojó con heroísmo a las olas y, dirigiéndose al grupo, sólo pudo asir con su mano izquierda un cordón. Tiró de él, y nadando bravamente contra la resaca, sacó a flote y puso en la playa a la remolcada, y resultó que el cordón era el del ESCAPULARIO, que había sido objeto de la mofa de sus amigas, que fueron pasto de los tiburones.

Los desolados padres, que en un momento perdieron para siempre a sus cinco hijas, de descrídos que eran, se volvieron devotísimos de la Virgen del Carmen; adoptaron a la amiga, y fue su heredera”.

51.- “LA VIRGEN ME HA SALVADO”

En 1940, un marino, encanecido en salitres y algas de todos los mares, narró este hecho: En cierta ocasión la mar embravecida nos lanzaba a las costas africanas, amenazando estrellarnos contra una escollera. Una ola gigante arrastró a un joven grumete. El mayor de mis hijos, un héracles y un experto nadador, en un acto de caridad heroica, me dijo, santiguándose:

-“Padre, voy a por él”.

Al mismo tiempo que yo le gritaba:

-“¿Llevas puesto el Escapulario?”

-“Sí, padre”, contestó, lanzándose desde la proa... Los momentos fueron de indecible angustia.

De rodillas sobre cubierta, juntamente con mi hijo el menor, contemplábamos, asidos fuertemente a las maromas

de la nave, los esfuerzos titánicos y desesperados que hacía mi pobre hijo por llegar hasta el desdichado grumete, que estaba a punto de perecer.

Puse toda mi confianza en nuestra Madre bendita del Carmen y le hice una promesa: comprar una imagen suya para que fuese venerada de estas gentes sencillas, buenas y creyentes; y el primer atún que pescase cada año fuese íntegro para fomentar su culto y su devoción.

Todo fue en un abrir y cerrar de ojos. Vi rasgarse una nube y, en un rompimiento como de gloria, la contemplé embelesado, extendiendo hacia mi pobre hijo su bendito Escapulario.

Ya, entonces, nada temí; no sentía ni congoja ni ansiedad, estaba tranquilo y seguro de que se salvaría. No hacía otra cosa que rezar maquinalmente y de rutina la Salve, pero con una dulzura que parecía relamerme con miel los labios. Un minuto después, mi hijo traía consigo la preciosa carga del grumete salvado y se echaba en mis brazos, diciéndome:

- "¡La Virgen me ha salvado!"

52.- EL ESCAPULARIO Y EL TIBURÓN

Hace años, un joven marino francés, dejando las costas de San Maló, partió para América. Tenía gran devoción y amor a María y llevaba su Escapulario con mucha fe y esperanza. Llegado al término del viaje, quiso bañarse en el mar.

Algunos procuraron disuadirle haciéndole ver que las olas estaban muy agitadas; mas él insistió en su propósito, y, como buen nadador, se alejó de la ribera del mar.

De repente vio junto a sí un tiburón con las fauces abiertas. El primer movimiento del marino fue de espanto; pero luego su pensamiento se dirigió al cielo.

Con la mano izquierda se quitó el Escapulario, presentándoselo al tiburón como un escudo de defensa, mientras

con la mano derecha seguía nadando.

El monstruo, como herido de ceguera o de parálisis, se detuvo, y el protegido por la Virgen, con su arma milagrosa en la mano, llegó sin la menor novedad hasta la playa, donde se arrodilló para dar gracias a su salvadora rezando el Ave María.

Desde aquel día, cada vez que se embarcaba se proveía de Escapularios, no sólo para sí mismo sino para todos los marineros.

53.- SAN LUIS IX DE FRANCIA

El santo Luis IX, al volver de la guerra de Palestina, el año 1254, se vio embestido por deshecha tempestad, hallándose frente al Monte Carmelo. Sus navíos fueron dispersados. El desaliento y la desesperación habíanse apoderado de todas las tripulaciones.

El naufragio de la armada parecía inminente.

Sólo el corazón magnánimo del monarca mostrábbase confiado.

Cuando en medio de la obscuridad el vendaval le trajo el tañido lejano de una campana, y preguntó dónde sonaba, supo que era la señal de Maitines de los Monjes del Carmelo.

Vuelve, entonces, los ojos en aquella dirección, y, con ferviente súplica, hace voto de visitar a la Reina del Carmelo, si a él y a los suyos los libra de la muerte.

Bastó esta plegaria. La Reina de los mares se le aparece rodeada de luz, diciéndole:

- *"No temas, yo misma seré tu auxilio; vengo para librarte a ti y a tu gente de los peligros de este mar".*

Después de estas palabras se serena el cielo, se sosiega el mar, se salvan las naves y el hijo de la reina Blanca de Castilla, acompañado de sus guerreros, sube al Carmelo a rendir afectuosas gracias a su celestial Salvadora.

54.- OTROS PRODIGIOS EN EL MAR

Don Jaime el Conquistador y sus soldados, solamente invocando el auxilio de la “*Mare de Déu del Carme*”, pudieron reunir las dispersas naves y arribar a las puertas de Palma de Mallorca.

- La Virgen del Carmen salvó a la escuadra que por orden de Felipe II salió a proteger a los Caballeros de Malta, dándoles la victoria.
- La Virgen del Carmen salvó nuestro Nautilus de los ciclones marinos y de la persecución de los Deneiras, llegando incólume a Santander.
- La Virgen del Carmen es la que libra de la muerte en el desastre naval de Santiago al alférez de navío D. José Rubiales, que desde el Oquendo cae al agua gravemente herido y oprimiendo al pecho el santo Escapulario.

- La Virgen del Carmen libra del mar a la joven que se arroja a él para salvar su castidad.
- La Virgen del Carmen conserva la vida entre las olas a dos niños de cuna arrojados al agua por un loco furioso.
- La Virgen del Carmen en todas las épocas y en todas las playas españolas tiene un templo o santuarios que conmemoran estos hechos milagrosos...

55.- LO SALVÓ EN EL MAR DE MÉJICO

Navegando con un grupo de amigos, don Tristán de Arellano, pariente próximo del Virrey, por los años de 1610, en Méjico de la Nueva España, les sobrecogió de repente un recio huracán, que volcó la embarcación, cogiendo a todos bajo ella, por lo cual perecieron ahogados todos los tripulantes quedando con vida únicamente don Tristán de Arellano.

Él, al ver cómo se hundía, acudió al punto, con gran fe, a nuestra Madre Santísima del Carmen, cuyo Escapulario

vestía con gran devoción desde muy niño y por cuyo medio esperaba ser socorrido y salvado por nuestra Señora.

Y, en efecto, manifestó haber estado bajo el agua más de media hora, en la cual, lleno de aflicción y congoja estrechaba contra su corazón el bendito Escapulario de María, haciendo innumerables promesas a la Santísima Virgen si le sacaba con bien de tan terrible trance.

Por fin, tras larga espera de luchar con el viento y el agua, que a él se le antojaran siglos, acudiendo varias canoas en su auxilio, logró al fin su deseada salvación, hallando, con gran estupor suyo y de sus salvadores, que, aunque todos sus vestidos estaban empapados, el Santo Escapulario permanecía seco.

Tan pronto como logró hallarse en tierra, voló al convento de los Carmelitas y, postrado ante el altar de la Virgen, hizo promesa de abandonar el mundo y consagrarse a la Santísima Virgen como hermano de obediencia para rendirle toda su vida perennes acciones de gracias a la Madre dulcísima que le librara de una muerte temporal y eterna mediante su milagroso y bendito Escapulario.

56.- EL PEQUEÑO NÁUFRAGO

El hecho sucedió en Villarreal, espléndida ciudad de la provincia de Castellón de la Plana. Era el 29 de agosto de 1928. Un cielo claro y el sol, propio de la estación estival, inundaba de luz la fértil campiña villarrealense, que la mano del hombre supo transformar en delicioso jardín, aromado con los efluvios del azahar.

Una señora, con su familia, salió al campo para pasar unas horas de solaz en una alquería, casita de campo de su propiedad, por cuya vera pasa la Acequia Mayor, que toma su crecido caudal del río Mijares.

Dicha señora ordenó a una niñera que tenía a su servicio saliese de la alquería para quebrar almendras. Tras la

niñera siguió el pequeño hijo del ama, llamado Miguel Cantavella Pitarch, que hacia días había cumplido tres años de edad.

Transcurrido un rato de absoluto silencio, la señora ni oía la voz del hijo ni la de la niñera, ni el ruido que ésta debía hacer cumpliendo con la faena que se le había encomendado. Ignoraba que la joven criada se había alejado de la alquería, dejando al niño Miguel solo, al borde de la caudalosa acequia. Con todo, salió para dar un vistazo, buscó con la mirada anhelante y angustiosa a su Miguelín, le voceó... ¿Dónde estaría el niño? Al dirigir su vista a la corriente de agua de la acequia, vio a su pequeño hijo que flotaba en la superficie como una boyá, sin hundirse, sin ser arrastrado por la corriente.

Nótese que la acequia tiene de profundidad algo más que la alzada de un hombre de buena talla; su anchura oscila entre cuatro y cinco metros; la masa del agua que llevaba a la sazón alcanzaba la altura de un metro aproximadamente, y el desnivel del álveo determinaba en el punto del suceso un movimiento progresivo casi impetuoso.

Y recuérdese lo que se ha dicho: que, a pesar de todo, el niño de tres años aparecía en la superficie, flotando como una boyá.

A poco que la angustiada madre hubiera reflexionado habriáse convencido de que su hijo, que no había perecido, tampoco perecería: hubiera podido ver allí una mano oculta, un prodigo patente. Pero el instinto de salvar al hijo no le permitió un segundo de serena reflexión. Faltóle tiempo para arrojarse al agua con una niña de pecho que llevaba en brazos.

Cuando la madre hubo sacado sano y salvo al niño, repuesta de la mortal congoja, trató de indagar la causa de un prodigo tan patente como enexplicable para ella. El pequeño naufrago, con la sencillez y lenguaje propios de su edad, pero como si fuera una persona mayor que terminaba de

bañarse en agua de rosas, dijo a su madre:

-“*La Mare de Déu me tenia aixina*”. (La Madre de Dios me tenía así).

Y mientras decía estas palabras, reveladoras del gran prodigo, que luego repetía muchas veces, juntaba los codos a la cintura y extendía los antebrazos y las manos en actitud de sostener algo, el cuerpecito de un niño, en nuestro caso.

La afortunada madre acababa de comprender que la Virgen del Carmen había salvado a su hijo de una muerte inevitable; entendió perfectamente que el no sumergirse su niño, de tres años, en tanto caudal de agua y el no ser arrastrado por la corriente era un milagro del Escapulario del Carmen, que dos días antes le había hecho imponer y que llevaba pendiente del cuello, en el acto del trágico percance, “*el pequeño náufrago*”.

57.- UN PEZ CIERRA LA ROTURA DE LA QUILLA DE UN NAVÍO

El valiente Don Juan de Austria, digno de eterno recuerdo por su victoria inmortal en Lepanto, navegaba para el puerto de Nápoles con cinco galeras y un galeón. En plena navegación y en mar abierto, les sorprendió furiosa tempestad, que zarandeaba sin tregua los frágiles cascos de las embarcaciones. Creció la tempestad. Los peligros se multiplicaban por instantes; galeras frágiles, de costuras mal calafateadas, hacían agua por mil sitios; la vía de agua, fatalmente, acabaría por hundir la nao.

En el crítico instante, el capitán Pedro de Luna, en presencia de toda la tripulación, saca del pecho el santo Escapulario, hinca sus rodillas, mientras lo besa con fervor, prometiendo ir como peregrino al Santuario de la Madonna Bruna del Carmine de Nápoles si la Señora les salva de tan inminente riesgo, por la virtud de su Santo Escapulario.

Como en otro tiempo las aguas del Tiberíades se cal-

maran al imperio de la voz de Cristo, así también en la Galera de D. Juan cesó de entrar agua por la vía abierta en el costado. La Virgen del Carmen hizo el milagro; un pez de gran tamaño se había introducido en el agujero del casco salvando a la tripulación.

Un barquito de plata y el Escapulario del capitán Pedro de Luna, colgados como exvotos en el templo de nuestra Madre del Carmen, en Nápoles, recordaron durante varias centurias el milagro obrado por la Virgen Santísima mediante su bendito Escapulario.

58.- PRODIGIO CON EL NAVÍO “SOBERANO”

El experto y bravo capitán, D. Juan de Lazaga, se sentía gozoso después de seis días de deshecha borrasca, viendo desaparecer en derredor suyo buques menos afortuandos, mientras él capeaba los vientos y se defendía como se defienden los héroes de los mares aguantándose hasta perder la vida asidos a la última astilla de la nave. Pero aún le quedaba un recurso, aún tenía alientos para respirar, para exhalar un tierno y profundo suspiro y articular con él el dulcísimo nombre de María:

-“¡Madre mia del Carmen, valednos!”

Con ese suspiro y ese nombre fue envuelto un voto que llegó hasta el cielo. Lo acogió María e inflamó en un instante los corazones de todos sus compañeros, de aquellos hombres curtidos por las brisas de todos los mares que, adivinando el pensamiento, gritaron todos a una:

-“¡Virgen bendita del Carmen, salvadnos que perecemos!”

Esto sucedía durante los días del 6 al 12 de septiembre de 1854. Más de quinientas personas sufrieron el horroroso temporal y huracán de seis días a bordo de un navío que contaba los cien años de surcar los mares.

Treinta y un días más tardaron en arribar o tomar puerto, casi anegados y en riesgo inminente de ser absorbidos a cada instante por las olas.

Se salvó el buque y se salvaron todos los hombres, sin que faltara uno solo.

-“Fue la Virgen bendita del Carmen, nuestra Reina Marinera, quien nos salvó en aquel inminente peligro en que estuvimos a punto de perecer”.

Así proclamaba, llorando como un niño, el capitán y todos sus marineros, cuando ante el santo Obispo Antonio María Claret, fueron a rendir fervientes acciones de gracias a su Madre bendita del Carmen, en la iglesia Metropolitana de Santiago de Cuba, el día 26 de octubre de 1854, ante un público enardecido por la emoción, que no cesaba de aplaudir y bendecir a la Virgen del Carmen.

59.- LA LUCHA Y LA VICTORIA

En su larga carrera apostólica el P. Milleriot se halló con un alma terriblemente amargada por los reveses de la vida. Falta de aliento y de valor, esta desgraciada mujer llegó al borde de la desesperación. Viéndola sin aliento ni consuelo, el P. Milleriot le impuso el santo Escapulario; pero ella, como no llegara de pronto el consuelo que esperaba, intentó suicidarse. Súpolo el Padre, y saliéndole al encuentro, le suplicó le prometiera que no se quitaría el santo Escapulario. Y como ella se lo jurara, dijo el Padre, lleno de satisfacción:

-“Ya te he cogido. Podrás intentar matarte; pero no te morirás”.

Así fue, porque dos veces se arrojó al Sena y, con no saber nadar, no se hundió ninguna de ellas. Convirtióse después, porque su vida empecatada le traía aquella desesperación, y al fin murió cristianamente.

60.- PRODIGIO EN LA BAHÍA DE CÁDIZ

Un joven marinero, natural de Salamanca y domiciliado en la calle de Fontana número seis, fue el agraciado con la protección misericordiosa de la Virgen Santísima del Carmen, manifestada a través de su Santo Escapulario.

En 1948 se impuso el santo Escapulario en el Carmen de Abajo, de Salamanca. El P. Manuel Ibáñez, al imponérse-lo, le dijo:

-“Sé siempre muy devoto de la Santísima Virgen del Carmen. Ya sabes que es patrona especial de los marineros. Si te pasara algo, procura asirte con todo fervor a este ánchora del Escapulario, e invoca con gran fe a nuestra Madre del Carmen, que Ella te salvará”.

Y así fue. A los cinco días ya estaba nuestro marino en aguas de Cádiz y a bordo del “Artabro”. La mar estaba revuelta y con fuerte marejada. Era, además, de noche y noche cerrada. El joven marinero tiene la desgracia de caer desde cubierta al agua, en uno de los fuertes vaivenes de la embarcación.

Lucha con denuedo contra el oleaje embravecido. Forcejea por hacerse ver u oír del resto de la dotación. Todo en vano. En medio de su angustioso y mortal peligro, sólo una cosa le infunde confianza en su salvación: el Escapulario que ha pocos días que lleva.

Aclama insistentemente a la Virgen y besa con encendida y esperanzada fe su Escapulario, que de vez en vez lleva el oleaje y el viento hasta sus labios. Lleva diez horas luchando con el mar.

Por fin, tras una lucha más que titánica contra los elementos, logra arribar a tierra, lanzado por una ola gigante, que él diría la impulsaba y dirigía la diestra de la Virgen Santísima para salvarle.

61.- REFRENA LA IMPETUOSA CORRIENTE DE UN RÍO

Daniel de la Virgen María (+1678), nos refiere que en el lugar llamado Roberto, a tres millas de Trento, el río Lenno creció tantísimo por efecto de las lluvias torrenciales, que venía desbordado y haciendo muchísimos estragos, que era una espantosa ruina para toda la comarca.

Viendo los vecinos ser insuficientes todos los medios naturales para conjurar tamaño peligro y precaverse de aquella inevitable ruina, acudieron al Señor, haciendo constantes rogativas, mas no por eso decrecían las aguas ni cesaba el caudal del río de hacer cada vez más estragos; no acertando con el medio por el cual Dios Nuestro Señor deseaba darles la paz y el consuelo.

Mas he aquí que, acudiendo con reiteradas súplicas a la oración los religiosos del convento carmelita de Roberto, dignóse la Virgen Santísima inspirárselo.

El Prior de dicho convento, P. Jerónimo de Dóminis, tomó el Escapulario, lo bendijo solemnemente en la iglesia en presencia de todo el pueblo y, seguidamente, marchó en procesión con toda la comunidad a las márgenes del río.

Allí, seguido de una inmensa multitud de fieles, hizo una fervorosa oración a Dios y a su bendita Madre, pidiéndole se dignase manifestar en tan inminente peligro su valiosísima protección, ya que había dicho a su siervo San Simón “ser su bendito Escapulario señal de salud en los peligros”, y que por su virtud se sirviera refrenar las corrientes impetuosas de aquel río desbordado.

Dicho ésto, con vivísima fe, arrojó al agua el bendito Escapulario. Y, ¡oh prodigo!, apenas tocó el agua el celestial vestido de María, notóse al punto que las enfrenó y las puso a raya, pues todos advirtieron con estupor y asombro que se fueron sensible y paulatinamente recogiendo y estrechando hasta quedar reducidas al cauce normal y natural del río.

62.- CONVERSIÓN DEL MAQUINISTA

El sacerdote Don Vicente Vela, Vicario coronel castrense de la Marina, testigo presencial, relata este suceso: Era el año 1943. Con otros buques de la Escuadra Española se hallaba fondeado en El Ferrol uno de los destructores tipo "Alsedo". El comandante del destructor supo que el maquinista suboficial del buque se encontraba en el Hospital de Marina en gravísimo estado, y sin pérdida de tiempo, voló al hospital para visitarle y consolarle.

El comandante pregunta a la religiosa sobre el estado espiritual del doliente:

-"A juzgar por la imagen de la Virgen de la Caridad que se cuelga sobre su pecho -responde la Hermana- parece creyente, pero... se negó rotundamente a confesar".

El comandante -creyente a machamartillo y, por añadidura, portador del Santo Escapulario desde su infancia-, llevado de celo cristiano ejemplar, le dio a besar el crucifijo, que el enfermo besó más por acatamiento y respeto a su jefe que por veneración y afecto a Cristo Crucificado.

Le invitó a que se reconciliara con Dios, oponiéndose rotundamente. Le insistió con alientos paternales, pero todo fue inútil.

Desvanecida toda esperanza, y ante la fatigosa respiración del enfermo, el comandante, atribulado, se retiró a orar por él, no sin dejarle puesto un Escapulario del Carmen sobre su pecho.

Minutos después volvió el comandante, temiendo el desenlace fatal, y al largarle el último cabo ante el naufrago que se avecinaba, el maquinista impenitente pidió confesión.

El Santo Escapulario le dio alientos para las postreras palabras; terminada su

Confesión, con profundas muestras de sincero arrepentimiento, murió plácidamente, mientras el Padre capellán le encomendaba el alma.

63.- SALVA A UNA PEQUEÑA EN EL CAUDALOSO RÍO

En septiembre de 1957 en la Villa de Leiva (Colombia), donde se venera con amor a la Virgen del Carmen, estaba escrito el siguiente gran favor. Para dar autenticidad al relato, lo firmaban Rogelio Pulido y Mercedes Avendaño, padres de la pequeña favorecida.

Estos sencillos campesinos de Sotaquirá (Boyacá) son padres de dos hijas: Otilia de once años y Adela de cuatro.

Las dos niñas fueron a casa de un pariente, Gabriel Calderón, que moraba al otro lado del río Chicamocha. Al tratar de pasar Adela por sobre una vara, se resbaló con tan mala fortuna que vino a caer al torrentoso río. Al instante Otilia, aterrada de lo ocurrido, comenzó a dar gritos desesperados, pidiendo auxilio.

Al tener la primera noticia del infortunio, dice el padre de la niña: "De todo corazón pedí a la Virgen del Carmen que favoreciera y conservara la vida a la pequeña.

Inmediatamente bajé al río, en cuyas orillas se había agolpado mucha gente, sin que nadie se atreviera a tirarse al agua para ver de salvar a la inocente criatura, pues el río estaba bastante caudaloso y por consiguiente el temor de ser arrastrado detenía pasmadas y como petrificadas las gentes a lo largo de las márgenes del Chicamocha".

Caso curioso: la niña, arrastrada por la impetuosa corriente como unos 581 metros, iba flotando por encima de las aguas, al parecer plácidamente dormida, boca arriba y con los bracitos extendidos.

En un ímpetu de heroísmo, Gabriel Calderón se lanzó al agua, logrando sacar a Adelita. Todos la creímos muerta. Pero al poco tiempo, movió ligeramente las manos, lo que probó que aún vivía, comenzando después a volver en sí poco a poco.

Hoy gracias a Dios y a la Virgen del Carmen, tenemos a la niña sana y salva en nuestro hogar. Este hecho prodigioso ocurrió el 4 de septiembre de 1957.



Los soldados visten el Escapulario del Carmen y palpan su celestial protección.

Las madres, hermanas y novias de los soldados acuden a María para obtener su protección.

3º) PRODIGIOS EN LA GUERRA

64.- A PRUEBA DE BALAS

Las galeras del Marqués de Santa Cruz a quien llamó Cervantes “padre de soldados y valiente capitán, jamás vencido”, partieron de Nápoles, puesta la proa a África. Los encuentros con los corsarios fueron frecuentes.

En uno de los combates, un soldado turco disparó un mosquetazo a boca jarro contra un soldado de las galeras del Marqués, acertándole en el centro del pecho y derribándole sobre la cubierta de la nave.

Le juzgaron muerto los compañeros. Pero pasado el fragor de la batalla, cuando se disponían a arrojarlo al mar, vieron asombrados que aquel soldado vivía y que no presentaba lesión alguna. Examinaron el sitio donde recibió el golpe. El sayo y el jubón estaban atravesados por la pelota del mosquete, pero ésta se detuvo al chocar con el santo Escapulario, como contra un fuerte escudo. La frágil estameña con la imagen de la Virgen había sido más fuerte que una rodela bien forjada.

El milagro se divulgó por todas las galeras. El Marqués reclamó como preciosa reliquia el milagroso Escapulario, que fue conservado por la Marquesa de Vélez, juntamente con el testimonio escrito del Marqués de Santa Cruz sobre la perfecta salud del soldado.

Añade el cronista del manuscrito: “Creció tanto la devoción al santo Escapulario, que llegaron a Cartagena dos cargas de escapularios enviados por los Padres Carmelitas de Aravaca, para imponerlos a todo el personal embarcado en las galeras de las diversas escuadras”.

65.- LE LIBRA DE UNA BALA MORTAL

El 15 de abril de 1626, encontrándose en la ciudad de Barcelona el noble caballero navarro don Antonio de Amaya, que esperaba la llegada de algunas galeras para trasladarse a Italia, como regresara algo tarde a su domicilio, vióse acometido por unos sujetos que a quemarropa le dispararon dos tiros, sin duda con ánimo de robarle, mas sin que le produjesen la menor lesión.

Este noble señor, que desde muy niño profesaba tierna devoción a la Virgen del Carmen, y que llevaba con gran fe y amor su bendito Escapulario, atribuyó el haberse librado de una muerte inminente a la virtud de este escudo de protección.

Una de las balas vino a darle sobre la tetilla izquierda, precisamente en el lugar sobre el que caía el Escapulario de la Virgen, y aunque le agujereó la ropilla exterior y el jubón, quedóse sobre la estameña sin que le traspasara ni chamuscará lo más mínimo.

66.- CORAZA CONTRA LAS BALAS

En Flandes, un consejo de guerra condenó a la última pena a un soldado, por delito de rebelión. Los soldados hicieron tres descargas cerradas sobre el reo, sin que ninguna de ellas le tocara, pues todas las balas caían rendidas a sus pies.

Sorprendidos de tal prodigo los oficiales, decidieron examinar el pecho del pobre condenado, para cerciorarse de que no llevaba ninguna coraza que le protegiese, no hallando otra cosa sobre su pecho que el escudo protector del bendito y milagroso Escapulario de la Santísima Virgen del Carmen, nuestra dulce Madre, en el que el infeliz soldado tenía puesta toda su confianza de salvación.

Todos estuvieron acordes en que aquello era un prodigo debido a la Reina de los Cielos, con que había querido

patentizarles la virtud otorgada a su bendito Escapulario para salvaguardarnos en todos los peligros, en mérito a lo cual perdonaron la vida al afortunado o privilegiado soldado, librándose así, por la intercesión de la Virgen Santísima del Carmen, de una muerte segura.

67.- LA BALA ENCUENTRA UN PARAPETO

El P. Gregorio Nacianceno de San Basilio dice que a Jaime Teixerio, que militaba bajo las banderas españolas, hallándose en la isla de San Honorato, le alcanzó tan de cerca en las espaldas una bala de artillería que pudo la pólvora que la disparó quemarle por la espalda el jubón y la camisa, arrojándole gran trecho dentro del mar.

Hundióse y estuvo sumergido todo el tiempo que tardó en volver en sí y recuperar el conocimiento. Vuelto en sí, comenzó a invocar fervorosamente a María Santísima del Carmen, y al punto se halló sobre las aguas, y, con extraordinario denuedo y valor, salió nadando a la orilla.

Cuanto le vieron caer al agua admiraron un auténtico prodigo, porque el fuego que le quemara el jubón y la camisa y chamuscara sus espaldas dejó ilesa el Santo Escapulario de María Santísima del Carmen.

Además pudieron admirar otro nuevo prodigo, y es que, habiendo permanecido un gran rato en el agua el Santo Escapulario, estaba completamente seco.

68.- ESCUDO CONTRA LAS BALAS

Luis XIII, rey de Francia, hallándose en el sitio de Montpeller, tenía a su lado a M. De Beauregard.

Este valiente general recibió dos balazos en el pecho; osciló, pero no cayó, como hubiera hecho cualquier otro soldado en quien no hubiese concurrido un hecho milagroso

como el acaecido a él. Desabrochóse el uniforme para recoger las dos balas y hallóselas aplastadas sobre el Santo Escapulario del Carmen, llenando con esto de inmenso júbilo y satisfacción al piadoso rey, que era, como es sabido, fervoroso devoto de tan santa y salvadora librea.

69.- UN FERVOROSO SOLDADO

Este hecho sucedió en 1923 y lo contó al P. Luis M^a Llop, carmelita, el mismo protagonista.

Al salir a campaña, vistió el Santo Escapulario del Carmen en la iglesia de los PP. Carmelitas Descalzos de Cádiz.

Desgraciadamente, así en Melilla como en las diferentes posiciones donde estuvo, llevó una vida libertina y licenciosa, hasta el punto de ser causa de escándalo a sus poco escandalizables camaradas.

Cuando los moros asaltaron la fortaleza de Monte Arruit, donde él se encontraba, todos los soldados fueron fusilados o pasados a cuchillo.

José Luis recibió un balazo en la cabeza, que lo derribó al suelo; entonces creyó que sería degollado por los moros, como lo fueron centenares de compañeros suyos que cayeron con él; sin embargo fue el único exceptuado en aquel sanguinario holocausto de vidas españolas segadas en flor por la cimitarra y el alfanje.

-“¿Cómo escapé yo de aquella horrible matanza y no me condené?

-exclama, emocionado, nuestro hombre-. Todo lo debo a la misericordia sin par de esta dulce Madre y a su benditísimo Escapulario.

Si yo hubiese muerto en aquel trance, me habría presentado ante el Supremo Juez con la conciencia cargada de

muchísimos pecados y me hubiera irremediablemente condenado. Pero yo llevaba al pecho el Santo Escapulario de María, y como la impenitencia final es incompatible con él, la Virgen Santísima del Carmen me libró de aquella horrible muerte, a fin de que no muriese réprobo y me condenase, sino que alabase siempre su clemencia y misericordia y propagase por doquier la devoción a Ella y a su milagroso Escapulario".

70.- VARIAS BALAS ADORNAN EL ESCAPULARIO

El jesuita Teófilo Rainaud, narra el siguiente caso, que se lo refirió el mismo a quien favoreció María Santísima: Era éste un soldado llamado Juan Montaño, a quien en una refriega cercaron muchos enemigos, intentando quitarle la vida a balazos; mas Aquélla, que le defendía, encaminó de tal suerte las balas, que todas las que le alcanzaron fueron a dar en las cintas o en la estamena del Escapulario, quedando en él prendidas y achataadas o abolladas, cual si fuese bronce bien templado el escudo que resistía a su violencia.

Pudo escapar, y juzgándose al menos mal herido, se desnudó y vio el Escapulario todo esmaltado y guarnecido de balas hasta en sus cintas, todo con singular orden y proporción, y en su cuerpo, la señal correspondiente a cada bala, que con mudo lenguaje le decían que por allí hubiera entrado la muerte o al menos hubiese peligrado la vida, si la que dio tan singular virtud al Santo Escapulario no le hubiera defendido y amparado.

Reconocido a tal favor, consagróse a la Virgen, alabándola todos los días de su vida.

71.- LIBRA DE LA METRALLA A UN BATALLÓN

Un bravo oficial de nuestro Ejército comunicaba al Director de la "Obra Máxima" durante nuestra Guerra civil por septiembre de 1937, el siguiente hecho prodigioso:

"Comunico a usted un caso milagroso de la Santísima Virgen del Carmen para con los soldados a mi mando, los cuales visten todos su Escapulario:

Un día que mi batallón fue a guarñecer las tapias del Pardo-Plantío, los rojos tiraban con mortero y fusilería. A mí me asombraba y maravillaba que fuesen todos dirigidos a un solo sitio y que no hiciesen bajas. ¡Cosa totalmente prodigiosa! ¿Cuál no sería mi sorpresa cuando miro hacia lo alto y veo sobre una pared una estatua de la Virgen del Carmen? Corré como un loco; subí a por Ella. ¿Qué me importaban a mí las balas de los rojos si tenía a mi Madre expuesta?

Cuando la tuve en mis brazos, lloré de emoción. Esta imagen de la Santísima Virgen preside mi tienda de campaña y viene conmigo a todos lados. Ante Ella se postran y rezan el santo rosario todos los días los soldados de mi batallón. Si caemos en la lucha, Ella nos conducirá, sin duda, al cielo, como premio a los que, llenos de fe y entusiasmo, damos la vida por Cristo y por la santa fe católica.

Yo no quiero que ninguno de mis soldados entre jamás en batalla sin llevar el Santo Escapulario y haberse encor-mendado antes con fervor a la Virgen Santísima. Yo mismo, cuando fui herido, las primeras palabras salidas de mi boca fueron éstas:

"¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen del Carmen! Salve Regina, Mater Misericordiae; Spes nostra Salve". Ésta fue mi oración hasta ser curado...

No dejo pasar ni un sólo día sin que mis soldados oren ante la Virgen del Carmen, en la seguridad de que Ella los

librará de todos los peligros y les alcanzará una santa muerte".

72.- LOS SALVA DE LOS FUSILES DE LOS MILICIANOS

Durante la dominación de los marxistas en Mérida y con ocasión de uno de los bombardeos de las fuerzas nacionales, hallábanse en un refugio existente en el bar llamado "Medea" la señora doña Carmen Hueso Escalante, acompañada de su padre, ambos profundamente católicos y muy devotos de la Santísima Virgen del Carmen. En aquel momento y de improviso, fueron encañonados por los fusiles de varios milicianos.

Los encañonaron con ánimo decidido de darles muerte, cuando he aquí que cayendo la joven de rodillas y besando, entre fervientes suspiros y lágrimas, el Santo Escapulario, les suplicaba por la Virgen Santísima del Carmen que no hiciesen mal a su anciano padre, aunque a ella la quemases viva.

Los milicianos, depuesta su actitud criminal, echaron sobre la joven una mirada entre burlona y despectiva, y como movidos por un resorte mágico, se dieron media vuelta, masticando unas palabras ininteligibles, mientras los que se hallaban a las puertas del tabernucho les oyeron decir:

-“No hay quien pueda con estas beatas y con su fanatismo por la Virgen”.

73.- LAS BALAS Y EL ESCAPULARIO

El año 1652, luego que fue concedida la amnistía regia en Burdeos, nadie turbaba la tranquilidad pública de la ciudad sino los secuaces de Orme. El 31 de octubre una partida de quinientos hombres armados se revolucionó, intentando que la amnistía que concedía el rey tuviese efecto; y para conseguir sus pretensiones conminaban con la pena de muerte por doquier.

Recorriendo los revolucionarios las calles de la ciudad, encontraronse con un Consejero del rey, a quien dijeron estar bien enterados de que él era el comisionado por el parlamento para tratar el asunto con el monarca; le advirtieron que lo pagaría muy caro si le informaba mal de la plebe. El Consejero despreció sin inmutarse las amenazas. Al punto desenvainaron los revoltosos sus espadas, y uno de ellos disparó un arma de fuego, a quemarropa y por tres veces, contra el Consejero regio, lo que fue censurado con indignación y protestas de parte de los buenos ciudadanos.

Acabábase de obrar un gran milagro: las tres balas, con ser disparadas a bocajarro, no pasaron la epidermis. Fue unánime la aclamación frenética del pueblo, que atribuía la salvación del Consejero a un milagro del Escapulario, que el agredido llevaba puesto con gran devoción en el mismo momento de la cobarde agresión.

En vista de tan estupendo milagro, la ciudad de Burdeos vio acrecerse maravillosamente el culto de la Cofradía del Santo Escapulario del Carmen, que había fundado San Simón Stock.

El agraciado de la Virgen, protagonista del presente relato, llamábbase D' Andraut; era hombre de mucha piedad, y durante toda su vida no pasó día sin pagar tributo de gratitud a su Soberana Bienhechora, la Virgen del Carmen, que le salvó la vida por la virtud milagrosa de su Sagrado Escapulario.

74.- LOS LIBRA DE UN BOMBARDEO

Sucedío en 1936. Celebraba una sobrina del P. José Hendara, agustino, su onomástico en la ciudad de Ávila, y se hallaban reunidas hasta veinte personas en una pieza de la casa, cuando los aparatos de la aviación roja hicieron su aparición en la ciudad. Y he aquí que una bomba potentísima vino a caer sobre la techumbre de la habitación

donde se hallaban reunidos los familiares.

Una exclamación:

- “*¡Virgen Santísima del Carmen, salvadnos!*”, y un silencio sepulcral que sucedió a la explosión...

La techumbre habíase derrumbado y la bomba había llenado la habitación de metralla. La señora de la casa, doña Carmen Hendara, creyó que todos habían perecido. Cuando, ¡cosa admirable!, de entre los escombros fueron saliendo todos, polvorientos y asustados, pero sanos e ilesos; sólo tres de ellos presentaban algún que otro rasguño leve, efecto del nerviosismo.

Pero lo que es sobre toda ponderación de admirar es que todos cuantos allí se encontraban llevaban al pecho el Santo Escapulario y todos lo estrecharon con efusión contra sus corazones, esperanzados y confiados en la protección maternal de la Virgen Santísima.

75.- UNA BALA EN MONTPELLER

Cuando el rey Luis XIII, al frente de un numeroso ejército, sitió a la ciudad de Montpellier, un puñado de valientes del ejército real se lanzó con temerario arrojo, intentando forzar la entrada, pero uno sólo de aquellos héroes logró penetrar en la ciudad, a pesar de haber recibido un disparo de arcabuz en el pecho.

A la vista de aquel valiente, que se defendía de innumerables enemigos con una serenidad y un valor admirables, el entusiasmo del ejército sitiador llegó al colmo, y precipitándose en la brecha, logró penetrar en el interior de la ciudad.

La batalla en las calles se hizo encarnizada y sangrienta, hasta que, por fin, la victoria se inclinó a favor del ejército real, entrando Luis XIII triunfante en Montpellier.

Uno de los primeros actos del Monarca fue mandar que trajeran a su presencia a aquel heroico soldado que logró penetrar el primero en la plaza.

- "Eres un héroe y quiero recompensarte", dijo el rey, poniéndole familiarmente su mano sobre el hombro.

- "¡Señor!, agradezco el honor que V. M. me dispensa - contestó, resueltamente, el soldado-, pero no es mío todo el mérito. Si V. M. me ha visto penetrar el primero en la plaza y me contempla de pie, ilesa, a pesar de haber recibido un balazo en el pecho, es porque ignoráis que cubre mi pecho una cota invulnerable".

Esto diciendo, desabrochóse su casaca y descubrió su pecho, en el que pendía el Santo Escapulario de la Virgen del Carmen.

Los circunstantes quedaron asombrados contemplando la bala que debiera haberle destrozado el corazón, detenida y achatada como por respeto ante la santa imagen de la Virgen que estaba grabada en la superficie anterior del Escapulario.

Testigo de aquella maravilla el mismo rey, hizo desde entonces voto de vestir para siempre aquel bendito Escudo protector, y recomendarlo a todos sus súbditos para que en adelante les preservara de todos los peligros.

76.- VENCE A UN PODEROSO EJÉRCITO DE TÚRCOS

El P. Juan Bonet refiere que siendo Gobernador de Calabria el Gran Mestre de la Orden Militar de San Juan, Hurruitiner, aragonés de nacimiento y fervoroso devoto de la Virgen del Carmen, amaneció una mañana, en el puerto y las playas de esta bella ciudad, la armada turca a las órdenes del General Zigala, quien desembarcó setenta mil hombres, intentando adueñarse por sorpresa de la plaza, ya que cogía del todo desprevenidos a los defensores.

El Gobernador, hombre de fe, animoso y decidido como todos los maños, alentaba a sus huestes, que, inferiores infinitamente en número, pues sólo había podido reunir, entre infantes y de caballería, unos mil doscientos, se hallaban

indecisos entre dar o rehusar el combate, puesto que ya se habían adueñado de muchos pertrechos, así como de las principales posiciones. No obstante ser tantos en número, no desmayaba el ánimo del valiente capitán y enardecía a sus aguerridas huestes haciéndoles ver que lograrían infaliblemente el triunfo. Uno de sus capitanes, tomando la palabra en nombre de todos, le dijo:

-“¿Con qué armas y hombres hemos de resistir a setenta mil enemigos que nos cercan?”

El piadoso y valeroso Hurruitiner, sacando el Escapulario del pecho, se lo mostró elevándolo en sus manos y les dijo:

-“*Éste es la verdadera ESPERANZA de nuestra indefectible victoria*”.

Lanzados decididos al combate y saliendo él al frente de sus huestes el primero, le siguieron todos sin vacilar, y, arremetiendo con una fe ciega contra aquel ejército tan numeroso, no sólo lo diezmaron y arrollaron con su ímpetu incontenible, sino que le pusieron en precipitada y desesperada fuga.



El pueblo devoto de María acude presuroso a su Madre del Carmen cuando se ha iniciado un incendio y todos son protegidos por Ella.

4º) PRODIGIOS EN EL FUEGO

77- EL ESCAPULARIO APAGA EL FUEGO

En esta imperial ciudad de Toledo, el día 5 de diciembre del año 1699, prendióse fuego a toda una acera de la plaza de Zocodover y, no bastando diligencias ni fuerzas humanas para apagarlo, recurrieron todos a la intervención divina. Siendo Dios servido de aplacarlo a vista de su Madre Santísima del Carmen, pues, habiendo echado su benito Escapulario en el incendio, al punto cesó, con gran contento de todos, venerándose hoy dicho Escapulario en este convento del Carmen, en relicario magnífico de plata costeado por la hermandad de plateros.

Todo Toledo fue testigo ocular del prodigo. Habiendo sacado a nuestra Madre del Carmen a la plaza de Zocodover, cuando el peligro era más inminente, hallóse que el fuego devorador se convirtió en humo y el Santo Escapulario que se arrojó a las llamas lo encontraron intacto y hecho carbón todo cuanto lo rodeaba.

78.- OTRO PRODIGIO IGUAL EN VILLALBA DEL ALCOR

El año de 1633, el 15 de agosto, en casa de Ana Fernández, viuda, se prendieron fuego unos desvanes, donde había almacenada gran cantidad de heno para alimento de las caballerías.

Tocadas a rebato las campanas, como se suele hacer en tales casos, acudió gran multitud de hombres para apagar el fuego.

Entre las muchas personas que entraron en la casa, una arrojó al desván el Santo Escapulario de la Virgen del Carmen que llevaba al cuello, extinguiéndose de repente el incendio sin haber necesidad de echar más agua.

Entrando con tal motivo al aposento, por ver si había peligro de que se derrumbasen las techumbres y por quitar las cenizas aún humeantes, hallaron, con gran estupor y admiración de todos, que el Santo Escapulario estaba entero.

79.- EL FUEGO DERRITE VARIAS JOYAS Y DEJA INTACTO EL ESCAPULARIO

Daniel de la Virgen María (+1678), nos dice que cierta noche prendióse fuego en la casa del señor Gobernador de Mequilinia. Estaban ya dormidos él y su mujer, despertaron al ruido del derrumbamiento de un tabique que se desplomara por efecto del fuego que le había traspasado.

Juzgaron ellos que serían tal vez ladrones, y despertaron al punto todo sobresaltados, ya que el humo les dio a conocer el peligro inminente que corrían.

Llenos de miedo y confusión, dieron voces a la familia hasta que lograron por fin ponerse a salvo.

Acudieron muchos vecinos a sofocar el incendio, y por más esfuerzos que hicieron, no pudieron impedir que el fuego penetrase en la alcoba donde dormían, cebándose en todos los objetos y destrozando o reduciendo a pavesas hasta una caja metálica donde guardaban las alhajas.

Luego que se apagó el incendio, entraron en la pieza para reconocer los daños, encontrando, ¡oh prodigo!, que encima de una mesita había puesto la señora al desnudarse las joyas y los anillos de su adorno, y junto con ellas unos libritos de devoción sobre los cuales dejó un Escapulario de nuestra Madre del Carmen, que le regalaron unas religiosas la tarde anterior.

Puestos a buscar las alhajas, hallaron toda la mesita quemada y las joyas derretidas; mas el Escapulario había quedado intacto y sin la más leve señal de tizne ni chamuscadura de ningún género, habiendo estado encima de todo lo quemado.

80.- SE QUEMA EL COFRE Y EL ESCAPULARIO, NO

Siendo Obispo de Ávila D. Jaime Escumin, prendióse fuego en el palacio episcopal, sin poderse salvar las alhajas eclesiásticas ni profanas. Todo lo devoró el fuego abrasador, que en pocas horas consumiera y derrumbara gran parte del edificio.

Una hermana del Prelado, religiosa Carmelita descalza, habíale regalado, hacía pocos días, un pequeño Escapulario que ella bordara con gran primor para su buen hermano, y que éste, con gran estima, guardó entre sus alhajas de oro y plata.

Al siguiente día, buscando entre las ruinas del incendio el cofre que guardaba tales joyas, lo hallaron reducido a pavesas y el oro y la plata todo derretido; mas, revolviendo con un palo las cenizas para recoger el oro y la plata que se pudiese, ¡oh, portento!, la alahaja que no buscaban -el Santo Escapulario- se manifestó ilesa, como si les dijese elocuentemente:

-“Poned toda vuestra estimación en mí y no en el oro y la plata, que perecen, pues ahora conoceréis lo que son y lo que soy por gracia y favor singular de María Santísima. Yo soy muy superior al fuego, y por esto me respeta; el oro y la plata son vil escoria de la tierra y por eso el fuego, que es superior a ellos, se les atreve y consume sin piedad”.

Entendieron así los circunstantes esta acertada reprensión y pusieron toda su estima en este precioso tesoro. Unos lo besaban devotamente, otros se lo llevaban a los ojos y lo ponían sobre su corazón, y todos querían tocarlo por si era mera ilusión de sus sentidos, y todos, desengañados al ver que era prodigiosa realidad, lo admiraban por portentosa maravilla de la misericordia de María Santísima.

81.- FUEGO EN CASA

El P. Francisco Boersio cuenta que en Ada, lugar del Obispado de Milán, prendióse fuego en la casa de Alejandro Coto. Sólo estaba él y un hermano suyo para apagarlo. Tras hacer esfuerzos desesperados, vieron, con gran sentimiento y dolor, que por todas partes era el inmueble presa de las llamas.

En tal congoja y tribulación, ocurriósele a uno de ellos el echar sobre las llamas el Escapulario de la Santísima Virgen del Carmen que traía pendiente de su cuello.

Suplicaron a la vez, con ansias, a María Santísma se dignase poner remedio, mediante su bendito Escapulario, a aquella tribulación que les descorazonaba y afligía sobremanera.

No tardó más la Santísima Virgen en socorrerles, pues al punto reconocieron la superior virtud del Santo Escapulario y resolvieronse en denso humo las voraces llamas.

Respiraron consolados con tal prodigo ambos hermanos, que, puestos de rodillas, no cesaban de dar gracias con indecible júbilo y alborozo a la Madre de Dios.

Al levantarse, quiso el cielo que admirasen otro mayor, pues entre vivas ascuas hallaron el Santo Escapulario de María intacto, sin haber osado el fuego tocarle ni ofendrle lo más mínimo.

82.- PROTECCIÓN SOBRE JEREZ DE LA FRONTERA

Era la noche de San Lorenzo, diez de agosto de 1635, cuando en la “Especería” y en las tiendas colindantes con el convento del Carmen, declaróse un voraz incendio que amenazaba con extenderse a todas las manzanas circundantes y a casi todo el centro entonces de Jerez de la Frontera (Cádiz).

Acudió una ingente multitud para sofocarlo; pero, advertidos de que en dos o tres de dichas tiendas existía gran cantidad de pólvora y objetos explosivos, huyeron los más despavoridos, presintiendo todos el trágico fin que amenazaba a todos ellos y a sus familias.

En tan apurado y angustioso trance, y cuando las circunstancias eran más críticas y el peligro más inminente y desesperante, acuden todos a la intercesión y patrocinio de nuestra Madre Santísima del Carmen, invocándola a voces en medio de la calle, a fin de que los amparase y librara de tan horrible catástrofe.

Acuden los religiosos, con su superior a la cabeza, unos a postrarse a los pies de nuestra Madre y con fervientes súplicas impetrar su auxilio; otros, en medio de la calle, donde todo lo asolaba el voraz incendio, haciendo que todos los presentes, lejos de entregarse al desaliento o la confusión atollonrada, rezasen con fervor la Salve. Y cosa inaudita y por extremo milagrosa: al echar uno de los religiosos su Escapulario a las llamas, súbitamente se extinguió el voraz incendio, sin que en lo humano pudiera explicarse la causa que lo motivó.

Y lo que es aún más de maravillar, que había llegado, no sólo al sitio donde se guardaba la pólvora, sino a quemar una tabla de una de las cajas donde estaba metida.

Todos tuvieron este hecho por milagroso, acudiendo al día siguiente en acción de gracias al templo de nuestra Madre del Carmen, donde se celebró una devota función.

83.- EN UN CORTIJO DE CÓRDOBA

Hallándose en el cortijo del Canciller, del término de Córdoba, la familia de don Francisco Argote, labrador de dicho cortijo, por descuido de uno de los criados, se originó un incendio, prendiendo el fuego en la techumbre de paja de un ala del cortijo. El fuego tomó tales proporciones

que se hacía materialmente imposible el apagarlo y reducirlo.

En tan críticas y trágicas circunstancias, la señora Jacinta Carrillo, aya de los hijos del señor Argote, mujer de acrisolada fe y acendrada piedad, invocó con toda la devoción y confianza de su alma a nuestra Madre Santísima del Carmen, y tomando el Escapulario que llevaba al cuello, lo arrojó sobre el fuego.

Arrojar el Santo Escapulario y contenerse de súbito el fuego por el sitio donde lo echara, cesando luego inmediatamente, fue cosa de un santiamén.

Dos días después, estando el criado Luis de Pedrajas limpiando de escombros y ruinas el lugar del siniestro, halló entre las cenizas el dicho Escapulario que arrojara la mencionada Jacinta Carrillo, el cual se hallaba intacto y sin la más leve señal de quemadura.

84- UN INCENDIO EN DAMPRACH

El 20 de noviembre de 1857, en medio de una noche oscura de invierno y de una tempestad de viento violentísima, declaróse en Damprach un incendio voraz y en extremo horroroso. Al toque alarmante de las campanas, acudió todo el vecindario al lugar del siniestro, trabajando con la mayor actividad y celo por ver la forma de remediar semejante estrago, que afectaba a gente muy humilde.

Desgraciadamente, todo fue en vano; los techos se desplomaban, las llamas se avivaban más y más, los edificios contiguos iban a ser muy pronto pasto de las llamas; siendo general el espanto y consternación de aquellas buenas gentes.

De repente, una joven llamada Ana Reynaud dijo:

-“Es menester tirar en medio de las llamas un Escapulario bendito de la Virgen del Carmen. María, nuestra Madre, hará lo demás”.

Varias veces trató la joven de poner en ejecución su feliz

pensamiento, mas la fuerza del viento se lo impedía, por lo cual tuvo que sujetar el Escapulario a una piedra y así pudo tirarlo al sitio donde más arreciaba el incendio.

Y lo mismo fue caer el Santo Escapulario entre las llamas que detenerse de súbito los progresos del voraz elemento, que, poco a poco, fue apagándose entre la admiración y el asombro general de los espectadores.

Pero no terminó aquí todo lo prodigioso. Al día siguiente, entre las cenizas del incendio todavía humeantes, encontróse el Santo Escapulario perfectamente conservado, el cual, recogido por el párroco, fue enseñado y dado a besar a todos los vecinos del pueblo, que, atónitos, contemplaban la grandeza de aquel prodigo de que fueran testigos, no cesando de alabar a la Santísima Virgen, nuestra Madre, por la virtud que diera a su gloriosa librea.

85.- LE LIBRA DEL FUEGO

En la ciudad de Salerno (Italia), el día 5 de junio del año 1595, hallándose Juan Sereno y Lelia, su esposa, cociendo pan en el horno de Murci Firsí, de repente prendióse fuego a gran cantidad de leña que estaba amontonada sobre el horno, propagándose de allí a las casas vecinas con imponentes llamaradas.

Poco a poco se cebó el fuego en la techumbre del inmueble, amenazando con propagarse a todos los edificios colindantes.

Acudieron gran cantidad de vecinos al sonido de las campanas, pero declarábanse del todo impotentes para poderlo sofocar o extinguir, ya que los medios eran insuficientes y el fuego crecía por momentos amenazando a toda una manzana.

En tal consternación, Lilia, que era devotísima de la Virgen del Carmen y de su milagroso Escapulario, en quien hallaba siempre remedio para todas sus necesidades, quitán-

dose el que llevaba puesto, arrojóle sobre el fuego a fin de que no pasara adelante, rogando con fe a la Virgen que se apiadase de semejante desgracia.

Lo mismo fue tocar las llamas el Santo Escapulario, que retirarse el fuego, el cual en pocos minutos quedó extinguido, sin más.

Pasados unos días, viniendo unos oficiales de albañiles a reparar los daños causados y levantar nueva planta de lo quemado del inmueble, removiendo los escombros y cenizas, encontraron el bendito Escapulario que la piadosa Lilia, con motivo del fuego, había arrojado, sin que hallasen que las llamas lo hubiesen chamuscado ni tocado tan siquiera el hilo de la estameña.



La realidad de todos los Carmelitas: Caminamos bajo la Protección -tutela- de María que es la Madre y Hermosura del Carmelo.



5º) PRODIGIOS EN EL AIRE

86.- COLGADO EN EL AIRE

Filocalo Caputo, en su obra “*Il Monte Carmelo*”, dice que trabajando el oficial de carpintería Pedro de Pablo en el artesonado de la iglesia de San Antonio de Conforto, se levantó de pronto un terrible huracán, y, temeroso Pedro de lo que sucedió después, dio de mano a la obra y se bajó del andamio hasta que cesara o se aplacase aquel viento huracanado.

Por aprovechar el tiempo, se puso a rezar los siete Padrenuestros y Ave Marias en que comúnmente solían conmutar las abstinencias de los miércoles y sábados que reclama el Santo Escapulario, como parte necesaria para lograr el privilegio sabatino.

Al encontrarle en tierra el encargado de la obra, lo llevó muy mal, echándole en rostro el que tomase como pretexto el huracán para vaguear o cesar en su trabajo; viéndole con tan duro ceño y malhumorado que se decidió a subir pasara lo que pasara.

Hallábase trabajando ya, al mismo tiempo que suplicando a María Santísima que aplacara tan terrible viento, cuando he aquí que, de improviso, un fuerte remolino arrojóle del andamio donde se hallaba trabajando, a una distancia como de diez pasos del muro o pared maestra de la casa donde trabajaba el infeliz.

En tan angustiosa y apuradísima situación apeló el buen hombre al patrocinio de María, nuestra Madre amable del Carmelo, viendo al punto en el aire, y junto a sí, a la Inmaculada Señora, la cual, asiéndole por un hombro y también del Santo Escapulario que llevaba, le bajó suavemente, sosteniéndole para que sin la menor violencia llegase hasta tocar tierra, donde todos cuantos le vieran bajar le juzgarían que llegaba muerto o hecho migas del porrazo. Tan pronto

como pisó tierra llegáronse a reconocerle, viendo con pasmo y estupor que ni se había hecho la menor lesión ni el más insignificante rasguño en su cuerpo.

87.- SALVADO DE UN BARRANCO

Sucedió en febrero de 1952, en la sierra de Monachil, al vecino de Granada y cofrade fervoroso de nuestra Madre del Carmen, don Manuel Morales Fernández. Iba de caza con algunos amigos y cayó a un barranco de profundidad aproximada de unos cincuenta metros.

No le dio tiempo más que para encomendarse a la Virgen del Carmen, cuyo Escapulario llevaba al cuello, por ser gran devoto de María, y le dijo con fe, esta frase:

-“*¡Virgen del Carmen, valedme!*”.

Perdió el conocimiento del tremendo golpe que diera en lo profundo de la sima, que recobró al cabo de largas horas.

Sus compañeros consideraban de todo punto imposible el que no se hubiera destrozado al caer desde tamaña altura. En un principio ni se atrevían a creerlo, máxime al comprobar que la escopeta, que la llevaba cargada, ni siquiera se había disparado, al sufrir tan tremendo golpe. Solamente acusaba algunos magullamientos, lo cual era completamente natural a la caída de un cuerpo pesado desde aquella altura de cincuenta metros. Pudo ir por sus propios pies hasta el sitio donde tenían las cabalgaduras y daba infinitas gracias a nuestra Santísima Madre del Carmen por el prodigo que con él había obrado mediante su Santo Escapulario.

88.- EN LA CAÍDA, LA VIRGEN LA SALVA

El 16 de julio de 1953 ocurrió este hecho en Alcobendas: La niña de dos años María Jesús Calvo Muñoz, hija del practicante del pueblo, hallábase jugando en una habitación del piso segundo de su casa, donde también se encon-

traba cosiendo su madre. En un descuido de ésta acercóse la niña a una ventana que no tenía reja, con tan mala fortuna que se le fue el cuerpecito y vino a caer al pavimento o acera de la calle, que era de cemento.

La atribulada madre, aterrada al verla caer y sin que lo pudiera evitar, no tuvo acción más que para prorrumpir en esta exclamación de fervorosa y esperanzada súplica:

-“¡Virgen del Carmen, sálvala, por tu Santo Escapulario que lleva al cuello!”

Y cuál no sería su admiración, su gratitud y su alegría, cuando, habiendo caído a plomo desde una altura de siete metros y yendo a dar con el acerado de la calle, todo él de cemento y adoquines -creyendo todos, en medio de la mayor consternación que imaginarse pueda, que se habría, sin duda alguna, reventado-, la hallaron sin la menor lesión y sin fractura alguna, sino sólo ligeramente conmocionada por el susto natural en una criatura tan pequeña.

89.- ¡MISERICORDIA, OH SANTÍSIMA MADRE DEL CARMEN!

El P. Francisco Boersio nos dice que, ajusticiando en Mántua a cuatro reos, uno de ellos vestía el Santo Escapulario, y aunque de tan estragada vida que merecía justamente el castigo, era, no obstante, devoto de la Santísima Virgen, y observaba con todo rigor las abstinencias de miércoles y sábados.

Llegados que fueron al suplicio, el devoto de María Santísima, fiado hasta entonces en su misericordia, prosiguió con más fervor en sus súplicas, fiando en María todas sus esperanzas, y, mientras subía las escaleras, le rezaba devotamente una Salve. Puesta ya la soga a la garganta y teniendo en sus manos una imagen pequeña de la Señora, empezó a clamar con recia voz:

-“¡Misericordia, oh Santísima y misericordiosísima

Madre del Carmen!" Y llamando la atención a los presentes prosiguió de esta suerte:

- "¡Oh, vosotros, los que sois padres, tened gran cuidado en que vuestros hijos nunca dejen la devoción a María Santísima!"

Dicho todo esto, volvióse a un crucifijo y fervorosamente le pidió perdón de sus enormes culpas. Ya que fue tiempo de ejecutar la justicia, trataron de quitarle la santa imagen que estrechaba contra su pecho, mas no la quiso soltar.

Quedóse el infeliz de rodillas, venerando la imagen de la Virgen, y aclamando fervorosamente:

- "Tales favores reciben los verdaderos devotos de la Virgen Santísima del Carmen".

Entre tanto, el verdugo, excediéndose en la obligación de su oficio, tomó en su mano un terciado y, ciego de furor, levantó el brazo para degollarle. Pero no lo pudo conseguir por paralizársele el brazo.

Con este segundo prodigo no se pudo disimular ya tan portentoso milagro. Quitáronle las sogas de la garganta y no hallaron ni la más leve señal que atestiguase haber estado pendiente de la horca; así como tampoco de su caída al suelo.

Dieron los jueces la sentencia por cumplida, y absuelto ya jurídicamente de sus delitos. El sábado inmediato lleváronle al convento de los carmelitas, donde cantaron una solemne misa a nuestra Madre en acción de gracias por semejante prodigo.

Llevaron después a presencia del Sr. Duque de Mántua, al devoto favorecido de María, para que le diese las gracias por su absolución. Alegróse infinito de verle el Sr. Duque, quien sonriente y alzándole del suelo, donde yacía arrodillado, le dijo:

- "No a mí, que quise e intenté castigarte, sino a la Virgen Santísima del Carmen, que milagrosamente te ha

librado, debes rendir toda la vida fervientes acciones de gracias, por tal merced y beneficio tan insigne".

90.- “VIRGEN DEL CARMEN DE LEIVA, NO DEJES QUE CAIGA”

Nicanor Pérez Rodríguez, oriundo de Cóbita, pueblocito cercano a Tunja, contó su interesante relato con voz entrecortada y con dejos de misterio y reprimida emoción, al P. Eladio, carmelita del convento de Leiva (Colombia), en el año 1957:

-“Estaba, Padrecito, trabajando en el Palacio de Justicia de la ciudad de Tunja, colgado de un andamio en el tercer piso del edificio. En éstas, cuando menos lo pensé, se desprendió el andamio a la altura de unos 20 metros, viniendo el madero con estruendoso estrépito a tierra. Yo entonces, para no venirme juntamente con el andamiaje al suelo, donde me hubieran tenido que recoger con cuchara, me agarré como pude, desesperadamente, a unos alambres, y ahí como un acróbata, estuve varios minutos balanceándome y bregando por asirme fuertemente a un poste, hasta que al fin lo conseguí.

Fueron momentos de intensa angustia, los más terribles que he pasado en mi vida. Viéndome así al borde de la muerte, sólo recuerdo que gritaba a todo pulmón:

-“¡Virgen del Carmen, sálvame!, ¡Virgen del Carmen de Leiva, no me dejes que caiga!”

Además en medio de ese peligro tan espantoso en que me vi, hice para mis adentros la promesa de ir a Leiva a confesarme, pues hacía varios años que no lo hacía, y hacerle una visita de acción de gracias a la Virgen del Carmen, cuyo Escapulario no me abandona desde mi niñez.

Y... bajé milagrosamente, sin hacerme el menor daño.



Son innumerables los prodigios
obrados por el Vestido de María
a la hora de la muerte:

- Un niño no quiere irse a dormir sin el Escapulario y muere agarradito a él.
- Una joven intenta el suicidio y le salva el Escapulario.



II

“EN LA MUERTE, AYUDO”

“Está decretado que todo hombre muera una sola vez”. (Heb 9, 27).

Lo interesante será, pues, dar bien ese paso a la eternidad, del que dependerá nuestra suerte.

Hay una infinidad de dichos latinos que ayudan a reflexionar sobre ese paso de importancia transcendental que todos hemos de dar:

- * “Como fuere la vida, así será la muerte”.
- * “Como sea la muerte, así será la suerte”.

Y el experimentado San Agustín confirmaba la misma idea con estas sabias palabras: “Es imposible que muera mal quien ha vivido bien. Y es casi imposible que muera bien quien ha vivido mal”.

Son incontables los prodigios que la Virgen María del Carmen por medio de su santo Escapulario ha obrado en tantos y tantos moribundos.

Cuantos trabajan en clínicas y hospitales y los sacerdotes en sus parroquias pueden testimoniar millares de casos que prueban esta afirmación.

Aquí nos limitamos a traer estos casos prodigiosos que podíamos multiplicar con gran facilidad.

91. UNA CONVERSIÓN MARAVILLOSA

El cardenal Vicente Enrique y Tarancón, siendo Obispo de Solsona, en una hermosa pastoral sobre el Santo Escapulario, nos refiere el siguiente caso, sucedido a él mismo:

“Era el mes de junio de 1938. Hacía dos meses escasos que las fuerzas nacionales habían llegado al Mediterráneo, liberando la parroquia de Vinaroz, a la que llegamos a los siete días de la liberación y en la que ejercimos el ministerio parroquial durante más de cinco años.

Un oficio recibido de las autoridades militares solicitaba nuestra cooperación para prestar auxilios espirituales a diez condenados a muerte, que habían de ser ejecutados al amanecer.

A las once de la noche entraron en capilla los reos, y desde aquel momento los tres sacerdotes que éramos entonces en Vinaroz entrábamos en comunicación con ellos, ofreciéndoles la vida eterna, ya que no podíamos salvar su vida temporal. Ocho de ellos se confesaron enseguida, con grandes y visibles muestras de arrepentimiento y fervor. Uno, que había sido comisario político en el ejército rojo, apenas si permitió que nos acercáramos a él. Todas nuestras tentativas fueron inútiles y no podíamos lograr que se confesara.

Había uno entre todos ellos que llamaba poderosamente la atención. Era un hombre de unos sesenta años, natural de La Galera, provincia de Tarragona, que vestía el antiguo traje de payeses catalanes: medias blancas y calzones cortos, pero con unos modales finos y distinguidos que parecían contrastar con su indumentaria rural.

Uno de los sacerdotes se puso a tratar conversación con él, mientras los demás atendíamos a los restantes.

Cuando ya se habían confesado ocho y mientras yo estaba hablando con unos cuantos de ellos, consolándolos en aquel trance tan terrible y recibiendo sus recomendaciones y

encargos para transmitirlos después a sus respectivas familias, se me acerca el coadjutor y me dice al oído:

- "Señor cura: nada he podido conseguir con aquel hombre, ¿por qué no lo prueba usted?"

Fui allá, me recibió muy atentamente, estuve hablando con él un buen rato y comprendí en seguida que era un hombre culto y que tenía, además, una formación cristiana poco corriente. Aquellos detalles me animaron y adquirí la íntima convicción de que no sería difícil conseguir que se confesase.

Pero mi desilusión fue terrible cuando, después de haber hablado con él por espacio de más de media hora, me dijo estas palabras textuales:

- "Mire, Padre, yo le agradezco muy sinceramente lo que usted está haciendo por mí. Comprendo que usted está pasando una mala noche por mi causa, ya que no ha de sacar ningún provecho de que yo me confiese. Yo le estoy sumamente agradecido, pero le suplico que no insista; desde ahora le puedo asegurar que no he de confesarme. Yo fui educado cristianamente, pero he perdido la fe".

Quedé aturrido de momento, casi sin saber qué decir. Pero, inspirado, sin duda, por la Santísima Virgen, me atreví a proponerle:

- "¿ Me haría usted un favor?"

- "El que usted quiera, me contestó, con tal que no me pida que me confiese".

- "¿Me permitiría, añadí, que le impusiese el Santo Escapulario?"

- "No tengo ningún inconveniente, me dijo; a mí no me dicen nada esas cosas, añadió, pero si con ello le he de complacer, puede hacerlo".

Le impuse acto seguido el Santo Escapulario del Carmen y me retiré en seguida a orar por él a la Virgen Santísima. Él fue a sentarse en un rincón, al extremo de uno de los bancos que había en aquella sala. Aún no habían

pasado cinco minutos, cuando oí como una especie de rugido y unos sollozos fuertes y entrecortados, que me alarma-ron. Entré de nuevo en la habitación y vi a aquel hombre que se me echaba encima llorando inconsolablemente y que me decía, en medio de sus lágrimas:

-“Quiero confesarme, quiero confesarme. No merezco esta gracia de Dios. La Virgen me ha salvado”.

Ante la admiración y el asombro de todos los presentes, se confesó, sin dejar de derramar lágrimas ni un solo momento, con una contrición realmente extraordinaria y enternece-dora. Y cuando, a última hora, antes de llevarlos al lugar de la ejecución, me despedí de ellos, me abrazó y me besó, mientras me decía:

-“Gracias, Padre; gracias por el bien inmenso que me ha hecho. En el cielo rogaré por usted. Gracias y hasta el cielo..”

Confieso sinceramente que me conmovió aquella esce-na y que mis lágrimas se unieron a las suyas, mientras daba gracias al Señor por aquella maravilla y agradecía a la Santísima Virgen el que hubiese permitido ser testigo de aquella manifestación espléndida de su amor maternal y misericordioso”.

92.- ¡QUIERO CONFESARME!

El siervo de Dios Don Ángel Herrera Oria, periodista, cardenal y santo, contó este caso que le sucedió a él mismo.

El Superior de los carmelitas descalzos de Santander llamó por teléfono al Sr. Obispo D. Ángel y le dijo:

-“¿A qué hora me podrá recibir?”

-“Véngase inmediatamente”.

Voy a su casa y me dice:

-¡Cuánto lo siento. No voy a estar en Santander ese día!

Le tengo mucha devoción a la Santísima Virgen del Carmen y todo lo carmelita, a Santa Teresa y San Juan de la Cruz, muchísima devoción. ¡Qué maravilloso el Santo Escapulario del Carmen!. Tenga la bondad y escúcheme: No hace todavía quince días, me llamaron a la cárcel. Un pobrecito, sin perdón divino ni humano; esposadas las manos; fieros los ojos..., le dije:

- ¿Hijo, crees en Dios?
- Sí y espero que Él me haga justicia...
- ¿Crees que hay cielo e infierno?
- ¿No voy a creer?
- Confíésate, pues, para comulgar.
- Eso nunca, no creo en los curas...

Transcurren unos minutos, durante los cuales el sacerdote da unas vueltas, atendiendo a otros. Nuevamente vuelve a él:

- Hijo, ¿crees en Dios?
- Ya le he dicho que sí, que creo en Dios como el primero.
- ¿Crees en Jesucristo Redentor?
- También.
- Confíésate para comulgar.
- No me interesa; eso es cosa de curas; y usted perdone si le falto.

Otra breve ausencia y torna a la carga:

- ¿Crees en Dios?
- Que sí, Padre, y espero que me haga justicia...
- ¿Crees en Jesucristo?
- También.
- ¿Crees en la Santísima Virgen María, Madre de Dios?

(Un levantar de ojos; un suspiro...)

- También creo en la Virgen...

-Confiésate, pues y comulga, hijo mío.

- Que no, déjeme ya en paz...

Por tercera vez le deja rumiando su negativa; y ¡vuelve!
El mismo interrogatorio...

-¿Crees en la Santísima Virgen María?

-Como creo en mi madre...

-¿Me aceptas un Escapulario de la Virgen del Carmen?

-¿ Por qué no? Póngamelo usted.

Se lo metió en el bolsillo. (Él tenía las manos atadas y no era plan de desabrocharle el pecho ni exhibirlo...)

El pobre, fue a sacarse el pañuelo para secarse los húmedos ojos y se le cayó el Escapulario.

-Don Ángel, se me ha caído, hágame el favor.

Don Ángel lo recogió y se lo entregó.

-¿Quieres confesarte?

-¡¡Sí, señor!!

“Era el Escapulario de la Virgen del Carmen quien hizo el milagro”.

93.- CONVIERTE A UN “PEZ GORDO”

Sucedió por 1955 en la Prefectura Apostólica de Urabá (Colombia). El protagonista el mismo Prefecto, Padre Arteaga.

Como en todas las partes donde hay gente de color, que no faltan unos cuantos blancos que lejos de edificarlos con sus buenos ejemplos constituyen la piedra de escándalo en toda la comarca.

Uno de estos pajarracos hallábase por entonces gravemente enfermo. Una buena persona le informó al Ilmo. Señor Prefecto de ello, trasladándose de inmediato a la casa

del moribundo, quien lo recibió con la más fría indiferencia.

No obstante, el Padre le amonestó con tiernas y amorosas palabras a fin de que volviera los ojos al Dios misericordioso en sus últimos momentos; mas, despreciando al celeso misionero, el insulso zascandil, tuvo que dejarlo, retirándose silencioso, llevando en el corazón inmensa amargura y al salir de aquella casa dejó en las manos de la señora un Escapulario de la Sma. Virgen del Carmen para que disimuladamente lo colocara debajo de la almohada del enfermo sin que éste se diera cuenta, y les dijo: -"Hasta luego"; y así fue.

Nos acostamos bastante tarde, como dando tiempo a una llamada de aquella casa del diabólico agonizante, hasta que, pasada la media noche, golpearon la puerta gritando:

- "Padre, que el enfermo le llama, que corra".

Inmediatamente salió con los mensajeros y cuál sería su sorpresa cuando llegó junto al lecho del moribundo diciéndole éste espontáneamente:

- "Padre, quiero confesarme..".

Una alma más salvada con sólo la invaluable reliquia del Santo Escapulario; este sacramental movió el corazón cuando ya estaba al borde del abismo.

Se confesó, recibió la unción de enfermos privándose tan sólo del Santo Viático por carecer de la Iglesia la pobre población.

Momentos más tarde aquellos ojos se cerraron para siempre, pero su alma se encaminaba a la gloria eterna gracias a la Madre bondadosa del Carmen".

94.- TESTIMONIO DE SAN CLAUDIO DE LA COLOMBIERE

San Claudio de la Colombiere, S.J. fue devotísimo del Santo Escapulario. Decía: "Si todas las gracias que sobre vosotros derrama a manos llenas la Santísima

Virgen no logran convertiros; si sois sordos a tantas voces y ciegos a tanta luz; si os obstináis en morir impenitentes... no lo dudéis: moriréis como réprobos.

Sí, hermanos míos, moriréis en las garras de la impenitencia final; pero en este caso ES IMPOSIBLE QUE PODÁIS MORIR VESTIDOS CON EL SANTO ESCAPULARIO. Porque si María Santísima no logra por vuestra criminal obstinación arrancaros del lodazal de vuestras culpas, Ella arbitrará algún medio para despojaros entonces de su santa librea.

Vosotros mismos, joídlo bien!, vosotros mismos, con vuestras propias manos os arrancaréis el Santo Escapulario del Carmen antes de morir con él en las garras de la impenitencia.

Sucedió así a aquel desgraciado suicida que se arrojó desesperadamente al agua para morir ahogado. Llevaba al cuello el Santo Escapulario del Carmen y le era imposible sumergirse. En vano se esforzaba el infeliz en descender al profundo de las aguas; las mismas aguas le sostenían a flote contra su voluntad.

Admirado de aquel prodigo que tanto brillaba en medio de las negras sombras de la desesperación, se persuadió que el Santo Escapulario era el talismán divino que le cerraba la boca del infierno.

A pesar de lo cual el desdichado cerró los ojos a tanta luz y los oídos a aquella voz tan elocuente, y arrancó de su cuerpo el Santo Escapulario. Y haciendo luego, por cuarta o quinta vez, un esfuerzo para ahogarse, las mismas aguas que antes se habían cerrado para sostenerlo a flote, entonces se abrieron para tragárselo.

El suicida logró morir pecando; pero no pudo morir hasta que se despojó del Escapulario del Carmelo. “Santa librea de salvación, con la cual nadie puede morir sin morir en gracia”.

95.- EL ESCAPULARIO DEL CARMEN DE SAN JUAN BOSCO

El periódico "Il Correo d'Italia" del 19 de mayo de 1929 relataba la exhumación del cuerpo de San Juan Bosco, en estos términos:

"Cuando todos los miembros invitados se hallaron presentes, se procedió a la piadosa ceremonia del reconocimiento de los restos de San Juan Bosco. Monseñor Salotti, asistido de los Superiores salesianos y rodeado de los médicos y demás funcionarios, ordena que se proceda al descubrimiento del féretro.

Éste aparece muy pronto; la caja tiene color opaco a causa del tiempo y de la humedad, pero con el sello de seda perfectamente conservado y anudado.

Examinado atentamente, y viéndolo intacto, es levantada la tapa con toda precaución.

Aparece entonces la caja de zinc, que ha cedido algo por la acción del tiempo, sobre todo por los sitios soldados.

Toda ella está envuelta por un verdín oscuro que denuncia el carácter fúnebre del contenido. Ábrese la caja y aparecen los restos. Todos miran con ansiedad, llena de devoción.

Las manos, que son lo primero que vemos, están deformadas. El sagrado cadáver momificado, pero alrededor de sus labios persevera agradable la sonrisa que siempre fue tan propia del siervo de Dios.

Los vestidos están deshechos, y los ojos de todos los circunstantes se fijan con sorpresa en el santo Escapulario de la Virgen del Carmen y en el crucifijo, que permanecen limpios e intactos, como si hubiesen sido recién colocados sobre el pecho del Santo.

Los señores que rodean el sagrado féretro ábrense en dos alas para que el gentío que allí espera pueda desfilar por delante del santo y contemplar el sagrado Escapulario, incó-

lume de toda corrupción.

Es aquél un tributo de veneración al cadáver y de amor a la Santísima Virgen, cuya protección sobre los sagrados restos se hace patente con la conservación milagrosa del Escapulario".

96.- COLEGIAL FERVOROSO

Una noche que el jesuita francés P. Leblanc pasaba por el dormitorio del colegio para ver si todos los colegiales se habían acostado ya, vio a uno de estos arrodillado junto a la cama.

-“¿Por qué no te has acostado todavía?”, le dijo el Padre.

-“Porque he mandado el Escapulario al portero para que me lo cosiera; y como no me lo ha traído todavía, no me atrevo a acostarme, pues podría morirme esta noche sin mi santo Escapulario”.

-“No tengas miedo, hijo mío; mañana a primera hora yo haré que te entreguen tu Escapulario; acuéstate ahora y duerme sin temor”.

-“Padre; yo no puedo acostarme; ¡quién sabe si me moriré esta noche...!” Y diciendo esto, comenzó el niño a derramar lágrimas abundantes.

Compadecido el buen Padre, y muy edificado de la piadosa confianza que el fervoroso niño tenía puesta en el Escapulario, bajó a la portería, recogió el Escapulario, subió al dormitorio y se lo entregó al colegial. El cual, poniéndose lo sobre el cuello y besándolo con devoción, se durmió tranquilo, invocando tiernamente el dulce nombre de María.

Cual no sería la sorpresa del Padre Leblanc cuando, al hacer la inspección a la mañana siguiente, vio que estaba muerto aquel niño tan amante de la Virgen, el cual conservaba aún entre sus yertas manos el Santo Escapulario, sin cuya compañía no se había querido acostar.